

El amo de mañana, comanda desde hoy, Jacques Lacan

Lacan Cotidiano



Nº 889 - Sábado 16 de Mayo 2020 - 13h25 [GMT +1] Lacanquotidien.fr



Objeciones femeninas

EN AVANT

¿Lo que en el psicoanálisis interpreta? por Inga Metreveli

Refuerzo Covid en geriatría: Psicoanálisis aplicado al *care*

por Nathalie Jaudel

Charlotte Perriand y el diván *Le Corbusier*

por Aurélie Charpentier-Libert

LECTURE

Callarse por Alice Ha Pham



¿Lo que en el psicoanálisis interpreta?

por Inga Metreveli

Para una sesión de análisis, no hay criterios de éxito o de exactitud: sólo podemos decir que ella tuvo lugar. Ella tuvo lugar si produjo un cierto efecto, que no es posible calcular con antelación.

Frecuentemente los analizantes salen de sesión sin la menor comprensión de qué ha sucedido o preguntándose si alguna cosa se produjo. El analista no dice nada, sentado detrás del diván fuera del campo de la visión del analizante, sólo su respiración indica su presencia. De tanto en tanto se escucha otro sonido: el crujido de una silla, el teclado de una computadora, un chasquido de dedos, un suspiro, un bostezo ... y ni una sola palabra. En este extraño caso, la palabra regresa al analizante que yace en el sofá, invitado a decir todo lo que se le ocurra.

En efecto, al inicio de un análisis, acuden numerosas ideas y ocurrencias, pero rápidamente, el analizante choca con el hecho de que no puede decirlo todo. Es más, tiene la impresión de que habla siempre de otra cosa y que, para decir la cosa, no encuentra las palabras. Atribuye primero ese imposible al tiempo limitado de la sesión, antes de advertir que éste sostiene a la estructura misma del lenguaje y a su propia palabra. Se molesta por no saber cuánto tiempo durará la sesión, por no poder anticipar el momento en el que el analista lo interrumpirá, único acto – o el más frecuente- que él plantea. Su sufrimiento es auténtico y se esfuerza por encontrar las palabras. Busca a alguien que pueda hacerlo sentir. Para “gustar” a su analista, trata de encontrar la palabra sublime, rellena su relato de conceptos filosóficos-científicos, busca la impecable formulación de su pensamiento para *decir correctamente*; lleva con alegría muchos sueños que alimentan su palabra de un material “listo” para la sesión. Pero cuanto más avanza el análisis, menos el analista manifiesta su presencia. Al sufrimiento él responde con un “¡hum!” elocuente, él bosteza cuando escucha un encantador monólogo cuasi científico, se mueve impacientemente en su silla cuando aparece otro sueño transparente y bien montado. En fin, su palabra,

tan rara, no se escucha allí donde se la espera, y jamás llega la respuesta esperada. Es, por lo tanto, gracias a este silencio que el analizante se abre camino, franquea los abismos de la incomprensión, escala las montañas de su propio sentido, y cambia inevitablemente la estructura y el contenido de sus enunciados. Poco a poco, comienza a escuchar lo que él enuncia, especialmente cuando sus dichos se le escapan, y es justamente aquí que la palabra del analista produce su efecto. No se trata sólo del lapsus o de la denegación, por ejemplo, durante el relato de un sueño. El detalle no escapa al analista, que se atiene a hacerse guardián de las formaciones del inconsciente. Resulta que lo esencial está siempre al alcance, a la vista de todos, a la manera de “la carta robada” de Edgar Allan Poe. Entonces, el analista –es su posición que en ese preciso momento lo permite- extrae de la palabra del analizante, del flujo de significantes en libre curso, los elementos cruciales que se repiten, que se repiten sin el conocimiento del analizante, ya que no sabe, ni él mismo, quién habla. “Usted dice que todas las mujeres son bestias, ¿bestias como los animales?” pronuncia en fin el analista en un tono gruñón. Y bien ¡entonces! La frase, dicha muchas veces en contextos diferentes, deviene un golpe convexo y luminoso, como un letrero de neón. El estupor priva al analizante de su palabra, la sesión es cortada sobre ese silencio vibrante.

El equívoco homónimo es posible gracias al pasaje de la lengua maternal al campo de la lengua de la experiencia analítica. Ella hace barrera al *automantón* de la palabra, todo el discurso grandilocuente se derrumba, se vuelve un plumaje sin color, dejando aparecer, una vez caído, un esqueleto u armazón de contenido ridículo. El equivalente *mujer-bestia*, fundido en la cadena ordenada de los significantes de la lengua materna, se ha subrayado y puesto en *itálicas* en el texto producido por el inconsciente: ya no podemos ocultar, ni enmascarar su absurdo detrás de los significantes. Lo sorprendente de este asunto, es que el efecto no se produjo por el encuentro con otra significación que generaría un regocijo, que confirmaría el encuentro de un “verdadero sentido”, de una verdad que permitiría

hace más que ampliar el tejido de las significaciones. Si el significante S2 es impropio para agotar la elaboración de sentido, no le queda al analista más que “retener el S2 y no añadirlo, ello con el fin de delimitar el S1, y así reconducir al sujeto a los significantes propiamente elementales sobre los cuales, en su neurosis, ha delirado” (3). Su labor consiste entonces en aislar el significante de la interpretación producido por el inconsciente y separarlo de toda significación; es decir que, en lugar de añadir sentido, el analista hace un corte en la relación S1-S2, operación que sustrae sentido. ¿Cuáles son las consecuencias de esta sustracción? La huida de sentido no es algo a descuidar, ya que permite un encuentro con aquello que el sentido localiza y define: el goce atado a ese significante unario, que subsiste por él mismo fuera de todo campo semántico. Así la finalidad del acto analítico no es la reformulación exitosa del saber inconsciente, sino la revelación de este goce. Desde esta óptica, la perplejidad que surge seguida al dicho del analista, permite constatar el corte que se produjo, donde el resultado es la separación del significante. *Mujer-...* ¿Qué operó gracias a la intervención del analista? En primer lugar, ella pone en duda el axioma *Todas las mujeres son bestias*, y hace vacilar su sentido enraizado e inconsciente. En efecto, la frase, resultado del discurso del Otro parental, que ha sido engullida, toda entera, toda en bruto, el analista la hizo pasar en su propio discurso como una verdad originaria.

Segundo, la intervención introduce un corte en el enunciado hermético, separando el significante S1 “mujer” del significante S2 “bestia”. Dicho de otro modo, esto aísla el S1 gracias a la incisión de su vínculo vacío y pseudo-lógico con S2.

Tercero, esta interpretación no aporta ningún nuevo significante semántico en relación a las mujeres: es la misma palabra “bestia” que se descubre, grotesca e insensata, en estas dos significaciones.

Cuarto punto. El dicho del analista apunta y golpea al goce contenido en esta frase,

que siempre falta un significante para designarla. Esta falla, si bien objeta definir su ser, anudar una definición, abre, sin embargo, posibilidades.

Y el analista se calla de nuevo, para que, como en la mayoría de las sesiones, el inconsciente-intérprete pueda desplegar sus posibilidades. “¿Usted no dice nada?”. Sin duda. Callarse es aquí un mal menor. Porque interpretar, el inconsciente no ha hecho más que esto, y por lo general, él lo hace mejor que el analista. Si el analista se calla, es porque el inconsciente interpreta” (5).

En efecto, el inconsciente interpreta y sus interpretaciones son autónomas y plenas de sentido. Las formaciones del inconsciente ofrecen una serie de significantes que vienen al lugar del S2 destituido: *mujer fálica, mujer asexuada, mujer-madre, mujer del hombre, mujer que goza, mujer que sufre, mujer seductora, mujer castrada...* Cada invención del inconsciente pretende una verdad. Hasta que el encuentro azaroso del sin sentido de su construcción, devela la incompletud de esta verdad. Por lo tanto, su incompletud no significa que ella sea falsa, mentirosa: todas esas versiones de lo femenino son verdaderas y falsas a la vez. Esto permite servirse de, a condición de prescindir.

Este texto se publicará en su lengua original en el próximo número de la Revista Internacional de Psicoanálisis, revista del campo freudiano en lengua rusa, ya que Inga Metreveli coordina actualmente el comité de redacción.

Traducción: Susana Schaer

1. Miller J.-A., « La interpretación al revés », *La Causa Freudiana*, n° 32, febrero 1996, p.5.

2. *Ibid.*

3. *Ibid.*, p. 7.

4. *Ibid.*

5. *Ibid.*, p. 6.



**Refuerzo Covid en geriatría: Psicoanálisis aplicado
al care**

por Nathalie Jaudel

Tres días después de la entrada en vigor del confinamiento, el *ARS île-de France* (1) y la *startup MedGo* *lançai*ent *#RenfortsCovid*, una interface permanente que permite conectar establecimientos médico-sociales y de salud con voluntarios, profesionales de la salud y de otras ramas. Me inscribí en calidad de psicóloga. Me fue propuesta una misión de tiempo completo en la unidad de internación de un Hospital geriátrico para pacientes con polipatologías, algunos con más de diez años de permanencia en la institución y otros que se encontraban

internados sólo por unos meses. –Lo acepto.

Tuve mucha suerte: El imperativo de rentabilidad no era la única guía y, gracias a la voluntad de la dirección, tanto médica como administrativa, como al ingenio de un equipo de farmacia eficaz, rápidamente el hospital estuvo bien equipado tanto con materiales, como con medicamentos. Una noria de refuerzos, tanto de voluntarios como de contratados fue reclutada. Además de profesionales -cuyo encierro ha interrumpido o modificado su práctica- hay jubilados, estudiantes, voluntarios del servicio cívico, trabajadores temporales, residentes de barrio, cirujanos dentales y hasta un director de guardería, especialista en Comunicación de Crisis. El equipo directivo hace malabares con puestos, contratos, pedidos. Las ojeras y la ansiedad conviven con la calma y la voluntad de hacer frente a la situación. ¿Y por las consecuencias financieras? Se verá más tarde.

Sus esfuerzos se orientan hacia un objetivo: garantizar la continuidad de la atención y hacer todo lo posible para evitar la pérdida de pacientes. El peor miedo es esa renuncia melancoliforme a la vida por parte de los ancianos, descrita por el geriatra Jean Carré en 1956, y llamada por él "Síndrome de resbalón". No reconocido por clasificaciones internacionales, describe nada menos que una realidad clínica que experimentan todos aquellos responsables de cuidar a las personas mayores: una forma de abstinencia suicida del sujeto privado de toda autonomía, excepto la de decir "no" - no a la comida, no a la hidratación, no a los cuidados, que recuerda al hospitalismo, síndrome de abandono descrito en 1945 por René Spitz en niños muy pequeños.

Lo que mata

En efecto, no es solamente por SARS Covid-19 que estos pacientes, cuya mayoría tienen entre 90 y 100 años de edad, están en riesgo de morir en tiempos de confinamiento, incluso si el número de afectados o sospechosos representaba a

mediados de abril el equivalente a un piso por cada tres del servicio, sino también la desesperación y el aislamiento. El encierro que los protege, los mata. Algunos se postran, se dejan consumir, quieren suicidarse, se acurrucan en su cama en posición fetal. Se niegan a comer, beber, ponerse de pie, abrir los ojos, hablar.

A menudo rodeados de sus familias, muchos se beneficiaban de las visitas diarias, de parientes y cuidadores. La epidemia hoy los priva no solamente de esta compañía, sino también de los dulces, los libros, los cosméticos y de todos los testimonios de los pensamientos y del buen cuidado que de sus seres queridos recibían con regularidad. Se terminaron sus vidas al ritmo del bridge, los talleres de lectura, los talleres de memoria, la fonoaudiología, la fisioterapia. Se terminaron las visitas del peluquero, el estilista. Se terminaron las puertas abiertas permanentemente con las visitas de habitación a habitación. Se terminaron los paseos por el pasillo o el jardín. Muchos sufren de dificultades cognitivas y no comprenden la situación.

Una paciente pregunta sin cesar, por qué este « chikungunya » la priva de la presencia de su persona de compañía. Otra soñó que es porque su hijo está en prisión el motivo por el cual ya no viene más a verla. Otro hace la misma pregunta veinte veces al día “¿Esta noche vendrá mi mujer?” Ellos siguen preguntando por teléfono: “Pero ¿Dónde estás? ¿Por qué no vienes a verme?” La respuesta imposible de soportar, no se inscribe. Esto no cesa de no escribirse – y su angustia es inmensa para pensarlo con deliberado descuido. La decisión no se hizo esperar: desde el 1ro de abril, en los tres pisos de la unidad de cuidado de los ancianos internos, el número de psicólogos ha pasado de uno a cuatro, y un equipo de voluntarios vino para asegurar la asistencia en las horas de las comidas.

Una clínica del detalle

La clínica que se deduce parece en apariencia que tendría poco que ver con la

práctica del psicoanálisis. Ella no está menos orientada. Es una clínica del detalle, hecha de invenciones a menudo minúsculas, que se centra sobre el cuerpo y sobre los lazos – y una atención extrema a todo aquello singular, permanece.

Así, en la medida de lo posible, usamos nuestros smartphones personales para hacer videollamadas con los miembros de la familia. La dirección del Hospital puso una plataforma desde la cual emails y fotos pueden ser enviados; ellos son inmediatamente impresos y dados o leídos a los pacientes. Toma una media hora para darles una comida, cuchara tras cuchara; averiguar los gustos de cada uno. Escuché que un paciente declaraba: “al mediodía, almorzaré en el comedor” cuando eran las 4 de la tarde, ya que él no entiende por qué ahora debe comer en su habitación, y darle entonces el brazo para llevarlo, con pequeños pasos, a degustar, solo, en la habitación donde se lleva a cabo su rutina. Encontrar en el YouTube – por recomendación familiar o a tuestas- la canción de Tino Rossi, Aznavour, de Piaf, o un canto religioso que aportará un poco de consuelo, y ver a un paciente mudo tararear, o uno que rechazaba hasta entonces abrir los ojos, aceptar, al son de “Je ne regrette rien”, comer un bocado de su almuerzo. Cantar canciones infantiles en inglés al paciente cuyos fragmentos de este idioma regresan como un balbuceo. Masajear la espalda, el cráneo o los hombros, sostener y acariciar una mano. Insistir en que los técnicos a cargo de los colchones antiescaras se desplacen para poner fin al sonido recurrente del compresor de la cama de un paciente. Organizar las citas telefónicas con las familias, incluso las muy numerosas; dejar a cada uno el tiempo de hablar, a su manera, a aquel que no tiene más de unas cuantas horas de vida, teniendo cerca de su oído el auricular que ella ya no puede más tener en la mano, sin saber o no si algo de estas palabras le llega. Dejar a aquellos hijos que quieren verla, vía Face Time, a pesar de la máscara de oxígeno y comprender a aquellos que no lo desean, que no quieren verla. Escuchar también y transmitir al equipo médico el peso, aun viniendo de una paciente afectada de demencia, de su “¿Es muy necesario?”, en respuesta a la pregunta “Su hija quiere hablarle ¿desea usted que yo la llame por teléfono?” Hacer

hacer a tal paciente víctima de un ACV sus ejercicios cotidianos de terapia de lenguaje, a otro los del taller de memoria, cuya interrupción lo entristece tanto. Indicarle al médico que tal paciente ha olvidado la fecha de su matrimonio y la fecha de la muerte de su esposo –todos signos de confusión que evocan en las personas de edad, una infección por el COVID-19. Recomendar que el ansiolítico prescrito precisa ser dado sistemáticamente a la paciente que insulta al equipo y destruye todo en su habitación – y una vez que los medicamentos hayan hecho efecto, leerle Borges en español. Percibir, después de algunos días esmaltados nuevamente de crisis clásticas, que la bata blanca médica es un factor desencadenante y proponer entonces que un neuroléptico sea incluido en el tratamiento. Solicitar el cambio de una protección contaminada; limpiar la bebida derramada en el estante, transmitir las quejas a propósito de propósito un dolor.

Afeitarse, saber callarse, darse cuenta que no sirve de nada levantar la voz para hablar a una paciente, dado que no es la sordera la causa de la ausencia de respuesta. Soportar sin mucha angustia pero sin indiferencia, los: “Quiero morir”, “Me quiero suicidar”. Aliviar la angustia cuando se puede. No forzar. Ausentarse para volver mejor. Decir, volver a decir y decir otra vez las razones de la ausencia de los seres amados. Describir la vida en el exterior: Los niños privados de la escuela, el teletrabajo, los comercios cerrados, las autorizaciones para desplazarse, el gran panel de la entrada del Hospital que prohíbe las visitas. Pero alguna vez decir también, “Sí, su esposa vendrá esta tarde a verlo” porque esas palabras alivian por un tiempo mientras es punzante la ausencia de la esposa desde hace más de 60 años. Y a menudo, volver a empezar – *fail better*.

Objeción al individualismo de masa
Se ha observado con frecuencia, en estas últimas semanas, que la mayor parte de los países que mejor atendieron la pandemia ligada al nuevo coronavirus, tenían mujeres en sus frentes. – Taiwan, Nueva-Zelanda, Alemania, Dinamarca, Finlandia,

Islandia, Noruega-. Sin duda no es anodino, no más que en el Hospital donde yo trabajo, donde el equipo que dirige es también enteramente femenino. Ya que, como lo mostró Eric Laurent el *care* -esta preocupación intraducible por los demás, donde el "ayudante" tiene que encontrar su lugar entre la "solicitud, el cuidado, el corazón, las atenciones, la consideración "- es "objeción de la particularidad"(2). Esta preocupación ética por el cuerpo del otro, no fundada en principios abstractos, sino "situada, enraizada, en la complejidad del contexto y fundada sobre la deliberación, el cuidado y la conservación de la relación con otro", respecto de la estructura de la objeción femenina al universal, al empuje-a-la-uniformización, al "individualismo de masas"(3). Tal es el *care* del que se trata –llevado a su potencia segunda por la brújula de la orientación lacaniana.

Traducción:

Susana

Schaer

1. Agencia regional de la salud.
 2. Laurent É., «El sujeto de la ciencia y la distinción femenina», *La Causa del Deseo*, n° 84, mayo 2013, p. 23-38, disponible aquí.
 3. *Ibid.*
-
-



Charlotte Perriand y el diván *Le Corbusier*
por Aurélie Charpentier-Libert

«*Todo el mundo un día u otro, se sentó sobre un [...] Perriand* » (1), *sin saberlo*.
Atravesando los pasillos del metro, advierto en una fotografía blanco y negro lo que es para mí y para muchos otros: un diván Le Corbusier –célebre creación que encontramos en algunos consultorios de analistas-. Con una provocación, un nombre aparece en letras grandes debajo de la fotografía: Charlotte Perriand. Me quedo un momento delante del afiche para intentar comprender. ¿Cómo esta silla larga sería la obra de esta mujer que me era desconocida y que lleva el nombre del ilustre arquitecto de principios del siglo XX?

El afiche anuncia la exposición de la Fundación Luis Vuitton, (2) consagrada a su obra. ¡He descubierto su impresionante modernidad, pero también sus creaciones y reflexiones se encuentran, casi un siglo más tarde, en lo que devino “el diseño” hoy!

De todos modos, durante la exposición, ningún elemento permite responder mi

interrogante. ¿Un silencio? Mi curiosidad aumenta. ¿Cómo es posible que esta mujer, cuyo trabajo es reconocido en el mundo entero e influenciado absolutamente el diseño actual, no sea conocida? Además, ¿cómo termina siendo su nombre reemplazado por el de otro? Charlotte Perriand se hace conocida en el medio de las artes decorativas desde muy joven, desde su salida de la escuela en 1927. Podemos decir que fue descubierta muy tempranamente, por su creación expuesta en el *Salón d'Automne: "Le bar sous le toit"* Ella propone un mobiliario que rompe con los interiores burgueses de la época: ¡una cocina abierta sobre la sala principal! Impensable para la época. La mujer ya no está replegada a la soledad de la cocina, y puede recibir a sus amigos alrededor de un bar, para beber y bailar (ella tenía integrado un fonógrafo) como se puede tener en un café. Su nombre aparece entonces en las revistas más prestigiosas como la de un artista con la que vamos a tener que contar.

Pero es así que en lugar de disfrutar de su éxito y de su nombre, pone su joven carrera en cuestión y se prepara para dejarlo todo. Ella dirá más tarde que descubrirá en esta ocasión "con pavor el esnobismo ligado al éxito" (3) Para agregar: "Yo era joven, "incluso la más bella, la más talentosa", yo sólo podía caerme de mi pedestal, y estaba sin un programa, sin un proyecto", Ella piensa que este éxito no tiene ningún sentido, también que no era justo (4). Ella pone súbitamente en cuestión su carrera en la industria y confiesa su consternación a su amigo Jean Fouquet. Llegó al extremo de considerar convertirse en ingeniera agrónoma y matricularse en la escuela Grignon, lo que la llevaría de regreso al campo y al aire libre de su infancia. Pero su amigo cuestionó sus ideas y le dio a leer dos libros de Le Corbusier sobre artes decorativas y arquitectura. Su pensamiento y sus ideas la conquistan: "La lectura de estos dos libros fue para mí como un destello. Ellos me permitieron franquear el muro que obstruía el provenir" (5). Su encuentro con Le Corbusier es para ella "un nacimiento a la vida" (6). ¿Cómo definir mejor la contingencia de un encuentro? Allí donde el éxito temprano la encuentra y la deja perdida, ella encuentra orientación en las ideas y el genio de

este

hombre.

Es así que ella golpea la puerta del estudio de Le Corbusier y de Pierre Jeanneret, rue de Sèvres, con el fin de trabajar allí. Volviendo sobre este momento decisivo (7), ella se pregunta si “Corbu” conocía su “*Bar sous le toit*”, dado que la despide de inmediato. Sin embargo, unos días después él le escribe para proponerle trabajar con él, previniéndole: “acá no bordamos cojines”. “Un poco misógino quizás” (8) su querido Corbu, comenta en tono burlón.

Este comentario despectivo parece tocar el punto preciso de la orientación contra la cual está situada desde sus años más jóvenes. Ella que funda su trabajo contra las técnicas tradicionales, como la tapicería vendida en el barrio de Saint-Anoine, crea muebles con tubos de metal procedentes de la aeronáutica y reivindica su lado masculino. ¡Ella que se jacta de jamás haber jugado a las muñecas, se peina “a la *garçonne*”, pone de relieve su gusto por los autos, y lleva un collar “de bolas de rodamientos”! Todo lleva a creer que ella no irá a hacer tapicería. Se puede pensar que, precisamente por esta frase, ella encuentra su lugar, situándose perfectamente en este estudio.

Si todo el mundo conoce y reconoce Le Corbusier por su trabajo, su personalidad difícil no es menos conocida, por lo que merece fuertes críticas. Ciertamente, al contratar a C. Perriand, él le ofrece la oportunidad de formarse junto a él en arquitectura. Pero, al confiarle la parte del mobiliario, él sabe de su talento certero y que ella podría rediseñar su imagen, cuando él acababa de sufrir grandes reveses artísticos.

C. Perriand recuerda el momento en el que, después de que ella trabajó con empeño durante semanas en la creación y construcción de la silla larga que bascula –el diván del afiche- y de la silla con respaldo, Le Corbusier hace un comentario: “Ellos son coquetos”. Este señalamiento, con un toque misógino, subraya la

desconfianza, o lo peor que él podría manifestar acerca de su joven colega, lo que terminará por hacerla abandonar el estudio.

Aún hoy, sólo el nombre Le Corbusier es firma de los sillones Perriand y garantiza su originalidad, lo mismo sucede con la famosa silla larga que bascula nombrada, en lo de Casina, LC4. El nombre de la mujer es borrado. Sin embargo, en ningún momento esta aventurera, apasionada por su trabajo, se detiene en el análisis de sus sentimientos o sus resentimientos. Ella actúa, crea, disfruta el trabajo colectivo con sus camaradas. Desde esos años "en el convento", como llama al taller *rue de Sèvres*, insiste en el trabajo realizado "juntos". Sus memorias o sus intervenciones diversas, consisten en la explicación de su labor, las ideas que pone en ella y manifiesta que desea servir. Raras son las confidencias sobre su vida privada, unas pocas palabras son suficientes. En cuanto a su aventura con Pierre Jeanneret, primo de Le Corbusier ... Cuando recuerda sus desacuerdos y su dolorosa ruptura con el taller de Le Corbusier, ella no oculta que le es imposible continuar trabajando en equipo con él, quien siempre sospechó que trabajaba a sus espaldas y de querer perjudicarlo. Sin embargo, ella nunca entra en reproches apasionados e incluso testimonia hasta el final de sus días su admiración, subrayando su genio. Al descubrir la exposición de la Fundación, yo imaginaba que una historia de amor vendría a aclarar su desaparición de la firma Le Corbusier. Algo similar a Camile Claudel mucho tiempo olvidada detrás de la figura de su maestro Rodin. Me estaba representando una pequeña historia, un hecho, un gran acontecimiento, que explicara, digámoslo, esta injusticia. Pero a medida que descubro qué ha hecho Charlotte de su vida, me doy cuenta de que este hecho no existe. En ningún momento habla de la apropiación de sus obras por parte de su "viejo Corbu". A ella no le importa. Charlotte Perriand dice de su separación, que su historia fue sumamente bella, que no podría ser mejor, citando un mito traído desde Japón, en el que después de un amor uno se tira al cráter de un volcán ya que no podemos imaginar nada más bello.

¡Ella comenta más bien su tristeza por haber partido, destruyéndolo todo! (9) ¿Qué sentido atribuir a este único arrepentimiento? En numerosas entrevistas y hasta los últimos días de su vida, ella afirma que jamás volverá sobre sus pasos... por miedo a ser decepcionada. Su relación con Le Corbusier se lee desde dentro y entre líneas. Se podrían hacer miles de interpretaciones sobre las razones por las que ella ha dejado borrar así su nombre por este hombre, a su vez temido y adorado. Pero ella no se presta a ese juego, permanece en un rigor extremo aferrada a su trabajo, hasta el final de sus días.

Laura Adler se aproxima a esta constatación general: “la historia de las mujeres está hecha así [...] de sustituciones de sus creaciones por sus maridos, sus compañeros [...] algunas veces, con el consentimiento más o menos consciente [...] de las mujeres, de ellas mismas de su propio borramiento” (10). ¿Cómo leer esta constatación?

J.-A. Miller subraya que la posición del macho, que se ve completo, amenazado por el Otro sexo, que se le aparece “como marcado de una irremediable incompletitud” (11) que se revela como una “ilimitación”, un deseo que pasa por un amor sin límite “porque está más allá, precisamente más allá del tener”. Así, a la inversa de la mirada feminista que querría luchar por el reconocimiento de todos, ¿se puede ver más bien en la posición de Charlotte Perriand un certero consentimiento en relación a lo que es constitutivo de su solución femenina singular? Es decir, una manera singular de continuar inventando a partir de una posición femenina jamás reductible a una forma plena. ¿Es decir que su consentimiento a su posición femenina pasa por un cierto borramiento? Esta mujer de 23 años, que se encuentra perdida en la soledad de su éxito, ¿no tropieza en este encuentro con Le Corbusier, con una manera de ser *no-toda*? No-toda en la soledad, no-toda en el éxito. Esto, lejos de intimidarla, le permite, borrándose detrás del nombre del compañero, un anclaje. Ella se veía encerrada cuando su nombre había súbitamente tomado consistencia. Trabajar bajo el nombre del partenaire le abre, parece, una nueva libertad. El partenaire aporta el ideal como el límite, aquel que “libera una audacia” (12). Ella

encuentra, por lo mismo, una posición subjetiva de mujer libre que crea.

Traducción:

Susana

Schaer

1. Barsac J., uno de los curadores de l'exposition «Inventando un nuevo mundo con y por Charlotte Perriand», citado por Jaeglé Y., «Charlotte Perriand, quien ha revolucionado nuestros interiores, en la Fondation Louis Vuitton», *Le Parisien*, 2 de octubre de 2019, [disponible aquí](#).
2. «Inventando un nuevo mundo con y por Charlotte Perriand», exposición, Fundación Louis Vuitton, octubre 2019-febrero 2020.
3. Perriand C., *Une vie de création*, éd. Odile Jacob, 1998, p. 27
4. Cf. *ibid*.
5. *Ibid.*, p. 28.
6. Perriand C., entretiens avec Paule Chavasse, *À voix nue*, France Culture, 1984, rediff. 1999.
7. Cf. *ibid*.
8. *Ibid*.
9. Cf. *ibid*.
10. Adler L., *Charlotte Perriand*, Gallimard, Paris, 2019, p. 111.
11. Miller J.-A., « Un répartitoire sexuel », *Quarto*, n°40, 1999, p.7.
12. *Ibid*.



LECTURES



Qui tacet consentire videtur.

Mazarine Pingéot, en su última novela, *Callarse* (1), enlaza temas que le son queridos –como el silencio y el peso de los secretos- con la actualidad candente del movimiento de liberación de la palabra de las mujeres. Para escribirla, ella se inspiró en historias de unos y de otros –incluida la de su sobrina- sin pretender hablar por las mujeres. Es por otra parte la mediación de la ficción la que le permite escribirlo.

Incluso antes de la revelación de Adèle Haenel (2) (a finales de 2019) o de Vanessa Springora (A inicios de 2020) en su imprescindible *El Consentimiento* (3), Mazarine Pingeot atrapaba ese debate crucial alrededor del binario hablar/callarse. En esta ficción, la autora nos invita a reflexionar sobre el reverso de esta denuncia indiscriminada, iniciada en el 2017 por el movimiento #MeToo, en el que ninguna prefiere callar. Pero *callarse*, en referencia al dicho conocido, ¿es acaso consentir? La novela nos enseña sobre este punto, nos muestra un camino. Mathilde, la narradora, muy joven, tiene un mal encuentro. Durante su primer rodaje, se deja impresionar por un hombre, una autoridad política, a quien debe fotografiar. Él la viola sin vergüenza. Mathilde, estupefacta y aterrorizada, no se defiende. Peor –y allí se aloja su culpabilidad-, ella toma las fotos del hombre después de haber sufrido la agresión. Este evento traumático, de una gran violencia, deja para siempre, en su cuerpo, un trazo indeleble. Por lo tanto, ella no tiene desde un inicio la idea de *hablar*. Siendo parte de una célebre familia, Mathilde sabe, desde siempre, *callarse* para no dar de qué hablar: “Yo estaba programada para no hacer escándalo”(5). Es mejor no decir nada, por ella, por su padre, por su familia: el discurso del *clan* terminó, si aún fuese necesario convencerla de que guarde silencio. Nada lo cierra definitivamente, dado que está ahí, en ella desde hace mucho tiempo. “Desde hace mucho (...), hay algo que te desanima”, le dice acertadamente su hermana mayor, protectora y feminista, endurecida a la moda *roller derby*. Este “algo” se relaciona con su feminidad, que ella no siente suya y a la que ella no consintió. El silencio, alrededor del cual se anuda su posición subjetiva, la arrastra hacia aun desastre del que no logra ponerse en pié. El *callarse* está de ahora en más al mando. Sus elecciones de vida se realizan como una conmemoración de ese silencio. El programa de goce, por ella iniciado, instala inexorablemente su lógica mortífera. A lo largo de las páginas, la novela no cesa de desplegar la posición de devastación en la que se encuentra la narradora. El hombre que ella elige como compañero tiene la cantidad justa de deseo y desprecio por ella: "Soy elegida y despreciada (a mi justo valor)", dice, "Asumo este papel desde la primera noche"

(6).

Cuando años más tarde, el asunto surge de la mano de periodistas inescrupulosos, y se hace público, Mathilde se calla una vez más, se confina ella misma, se esconde (Se *térre*, el autor hace un juego en la lengua francesa, donde *se tair* y *se térre*, *callarse* y *esconderse* respectivamente, suenan igual, son homófonos). Ella deja de trabajar y se acurruca alrededor de ese silencio mortífero, dejándose esta vez atacar por periodistas, feministas y todo tipo de individuos descontrolados que piensan que saben algo sobre la palabra y la verdad. Se le reprocha su silencio, que, sin tratar de justificarse, interpreta así: "Yo renuncio a pelear por *las* mujeres, no ataco a los hombres, no denuncio el sistema, yo doy razón a la dominación masculina". (7)

Sólo el hacerse madre parece despertar un poco a Mathilde, momento crucial que la lleva a decidir –no sin la ayuda de su hermana que quiere un poco demasiado su bien- separarse de su violento compañero. Hay algo en ella que la empuja ahora a reaccionar. Ella no es solamente una joven mujer violada, sino una madre que toma sus responsabilidades. ¿Es por su posición de madre que ella consiente a devenir mujer? "Yo lo debo hacer. Si hay una discusión que sostener, soy solamente yo quien tiene el poder de llevarla a cabo, si hay una demanda de justicia, sólo soy yo quien puede exigirla". Y para subrayar: "no debería haberse perdido en los silencios sucesivos, y en las argucias legales, demasiado ruido y demasiado silencio, es un mal cócktel" (8).

Mazarine Pingetot elige una forma de relato extenso, una suerte de triste epopeya en la cual cada acto, cada elección, parece adentrar un poco más a la narradora, hacia el pathos de su existencia. Mathilde lucha, de hecho, por encontrar un camino en la vida. Y si la autora nos deja en una suerte de decisión del desenlace, ello no es sin dar a entender que el riesgo apremiante del silencio es el pasaje al acto. A propósito de su libro, Mazarine Pingetot dice que él mismo comporta una violencia que excede su propia posición. Y es justamente ese estilo brutal el que hace entender, de manera más viva aún, lo que el hostigamiento mediático puede repetir de violencia haciendo nuevamente de una mujer un objeto, aquel de los medios,

aquel de la pantalla. A quien ha elegido callar, se le ordena hablar en nombre de la Verdad para la liberación de la palabra de las mujeres... pero, detrás del alboroto del mundo [continua] el sufrimiento de las mujeres” (9). Si la novela muestra cuánto puede una mujer quebrarse por una violación, dice mucho más. Dice cuán mortífero es el silencio, dice cuán violento es el mandato contemporáneo “¡Habla!”, dice lo difícil que es -y de hecho probablemente imposible sin análisis-, hacer cesar el goce del *callarse*. Dice que cada mujer afronta de una manera diferente *el atentado sexual* del que ha sido objeto, que no hay una manera de hacer con eso, que cada mujer se desenreda con su singularidad y encuentra su propia solución frente a ello. Mathilde –personaje de ficción- no es Vanessa Springora, ella no tiene la misma historia, pero sobre todo no tiene su pluma, ni su audacia, y no cruzó por su camino un psicoanalista. Como lo subraya pertinentemente Clotilde Leguil, “la verdad de la palabra y su liberación son, en efecto, asunto del psicoanálisis (...), pero es cuestión de una verdad del sujeto, que le es propia y que lo reenvía a su deseo inconsciente, y no una verdad colectiva” (10). No se trata necesariamente de decir, a la justicia, a los medios, en las pantallas, sino del *bien decir*. Contrariamente al desencadenamiento de una cierta liberación del discurso de las mujeres, y sin hacer un elogio del silencio, Mazarine Pingeot nos recuerda que decir, cueste lo que cueste, no es terapia (11).

Traducción: Susana Schaer

1. Pingeot M., *Callarse*, Paris, Julliard, 2019.
 2. Haenel A., «#MeToo: La actriz Adèle Haenel quiebra un nuevo tabú», Médiapart, 4 novembre 2019.
 3. Springora V., *El Consentimiento*, Paris, Grasset, 2020.
 4. Lacan J., « Homenaje hecho a Marguerite Duras, del arrebatamiento de Lol V. Stein » (1965), *Otros Escritos*, Paris, Seuil, 2001, p.192-193.
 5. Pingeot M., *Callarse*, op. cit., p.26.
-

6. *Ibid.*, p.98 & 101.
7. *Ibid.*, p.259.
8. *Ibid.*, p.268.
9. *Ibid.*, p.18.
10. Leguil C., « Mundialización de la palabra femenina y *desencadenamiento de la verdad* », *Ornicar ? n°52* – « *Dark Continent* », Paris, Navarin, 2018, p. 162.
11. Pingeot M., *Matin* Primera en rtbf, septiembre 2019, [disponible aquí](#).

Lacan Cotidiano

publicado por navarin editores

INFORMA Y REFLEJA 7 DIAS DE OPINIÓN ILUSTRADA

- Comité de dirección

Lacan Cotidiano, « La parrhesia en acto », es una producción de Navarin éditeur 1, avenue de l'Observatoire, Paris 6e – Siège : 1, rue Huysmans, Paris 6e – navarinediteur@gmail.com

Directora, editora responsable : Eve Miller-Rose (eve.navarin@gmail.com).

Jefe de Redacción : Virginie Leblanc con Pénélope Fay. (virginie.leblanc@gmail.com , faypenelope@gmail.com).

Editorialistas : Christiane Alberti, Pierre-Gilles Guéguen, Anaëlle Lebovits-Quenehen.

Maquetista : Luc Garcia.

Relecturas : Anne-Charlotte Gauthier, Sylvie Goumet, Pascale Simonet.

Electronico : Nicolas Rose.

Secretariado : Nathalie Marchaison.

Secretariado general : Carole Dewambrechies-La Sagna.

Comité ejecutivo : Jacques-Alain Miller, presidente ; Eve Miller-Rose ; Virginie Leblanc.

- Maquetación de la edición en español y coordinador de las traducciones:
Mario Elkin Ramírez marioelkin@gmail.com por la Nueva Escuela Lacaniana.

Traducción: Susana Schaer
